

Voces y reflexiones interdisciplinarias sobre la Historia de las Mujeres y la contribución de *Arenal*. Revista de Historia de las Mujeres

Voices and interdisciplinary reflections on Women's History and the contribution of *Arenal*. Journal of Women's History

James S. Amelang, Julián Casanova, M.^a Ángeles Durán,
María José Hidalgo de la Vega, Iván Pérez Miranda, Marina Subirats

Recibido el 1 de marzo de 2013.
Aceptado el 14 de julio de 2013.
BIBLID [1134-6396(2013)20:1; 193-214]

La Revista *Arenal* agradece a quienes nos han dejado sus reflexiones, vivencias e inquietudes sobre el significado de la Revista *Arenal* y la Historia de las Mujeres en estas últimas décadas. Siempre hemos defendido la perspectiva interdisciplinar, el diálogo abierto con otras disciplinas y con las distintas corrientes de pensamiento, por eso nos satisface que, tras veinte años de trabajo, encontremos voces que ven el avance de la Historia de las mujeres y la contribución de *Arenal* como un motivo de satisfacción y celebración.

Albricias

James S. Amelang
Universidad Autónoma de Madrid

La feliz llegada a puerto del vigésimo volumen de la revista cabecera de la historia de las mujeres en el ámbito hispánico es motivo de celebración por varias razones. Primero, por su singular carácter. *Arenal* es una publicación que no sólo aporta información sobre una amplia gama de cuestiones históricas, sino que también promueve el debate, mostrando un talante marcadamente abierto y explorador. Una inclusividad ejemplar en términos de temáticas, enfoques y métodos, unida a una notable diversidad tanto en el perfil social como en los orígenes geográficos de las protagonistas que

aparecen dentro de sus páginas, ha caracterizado a esta revista desde el inicio. En segundo lugar, destaca por su empeño. Veinte años acudiendo a la cita bianual con las/os lectoras/es es una proeza nada desdeñable, especialmente en estos tiempos en los que se premia a los autores que publican en revistas de calidad, pero no se ha dado el paso todavía de compensar el esfuerzo que requiere mantener dichas revistas. Como siempre, la cocina luce poco en comparación con el comedor. Finalmente, *Arenal* ha sido un registro excepcional del impresionante incremento de la cantidad y la calidad de la investigación sobre la historia de las mujeres en España, Europa y las Américas. Sus páginas sirven como testigos privilegiados de lo que se podría calificar como la normalización definitiva de un campo historiográfico dotado de antecedentes significativos, pero que requería precisamente este esfuerzo aglutinador para poder salir del aislamiento intelectual que hasta hace muy poco marcaba la historia feminista por doquier.

La solidez de esta trayectoria exitosa ofrece una base firme desde la que la comunidad de historiadoras/es de las mujeres puede hacer frente a los muchos retos pendientes. La tarea principal en esta fase de consolidación es la de seguir fomentando —incluso empujando— el desplazamiento de las mujeres desde los márgenes hacia el centro de la historia en general. Como ha insistido recientemente Natalie Davis —alguien que de márgenes entiende mucho— se trata de demostrar que aunque la historia de las mujeres y de género en general se distinga por un conjunto propio de preguntas, perspectivas y modos de análisis, es una temática que debería formar parte de *todo* tipo de cuestión relacionada con el pasado. Esta historia ya tiene una habitación propia. El desafío ahora es convencer a los/as demás de que lo que sucede en ella tiene importancia para todos y para ellos/as también. Se trata desde luego de una aspiración bastante utópica, pero revistas de reputación como ésta son, creo yo, el mejor modo de conseguirla.

Campesinos, trabajadores (y mujeres)

Julián Casanova
Universidad de Zaragoza

Siempre me sentí deudor de las diferentes manifestaciones de “historia desde abajo” que investigaron y difundieron los historiadores marxistas británicos. En esa perspectiva histórica, un análisis de las relaciones y luchas de clases en amplios contextos históricos, nunca se pierde de vista que las relaciones de clase —en cuanto suponen dominación y subordinación, lucha y acomodación— son siempre políticas. Además, frente a quienes consideran que las clases desposeídas parecían estar condenadas a permanecer calladas

y pasivas, los historiadores marxistas británicos insistían en que esas clases han sido ingredientes activos y significativos para la totalidad del desarrollo histórico y, por lo tanto, sus luchas y movimientos han contribuido notablemente a las experiencias y luchas de las generaciones posteriores. Por último, lejos de pintar un cuadro triunfal de la oposición y rebelión de los campesinos y trabajadores, descubrían los límites de sus luchas y no olvidaban las formas de acomodación de esas clases al orden establecido.

Ese proyecto historiográfico, al que E. P. Thompson, Gerge Rudé y Eric J. Hobsbawm tanto contribuyeron, se propuso también facilitar el acceso a la lectura de los libros de historia a un público más amplio que el que normalmente proporcionaban los medios profesionales y académicos. E. P. Thompson, el escritor “de la prosa más exquisita y polémica de este siglo”, como lo definió Hobsbawm, fue uno de los primeros en constatar lo que otros después han lamentado y continúan lamentando: la disminución del interés del público en general por los libros de los historiadores profesionales y académicos que, al dirigirse casi exclusivamente a otros colegas especialistas, han cortado cualquier posible relación con el lector no profano que sigue prefiriendo, en todo caso, las biografías de los dirigentes políticos o de los personajes famosos.

Obreros y campesinos, clases trabajadoras en general, se constituyeron en el principal sujeto histórico de muchas de esas aproximaciones sociales al pasado. Y aunque pocos lo hicieron con la lucidez e imaginación mostradas por E. P. Thompson, los discursos sobre la “clase”, la “experiencia de clase” y la “formación de clase” inundaron la literatura marxista y radical.

Pero la inundaron en un momento en que los nuevos movimientos sociales mostraban ya una creciente “conciencia” de que había también otras divisiones que contaban. Dos de ellas, la raza y sobre todo el género, se hicieron un hueco en las agendas de algunos historiadores y de bastantes historiadoras. Como señaló Mary Nash en su trabajo “Género, identidades y nuevos sujetos históricos”, todo ese proceso de construcción de una historia como ciencia social se hizo desde “la homogeneización interpretativa de la modernidad europea”, desde el triunfo del “hombre blanco como sujeto universal de la historia”.

Así las cosas, la verdadera igualdad estaba por llegar. Sería aquella que incorporara sujetos nuevos, secciones de la población que habían buscado establecer su identidad al margen de las élites de la historia política y de los trabajadores masculinos de la historia social. Sería aquella que reconociera que el Occidente, ese modelo de cultura, libertad y orden social, constituía una más entre otras civilizaciones. La inserción de lo “periférico”, de lo “inarticulado”, de la cultura entendida como el estudio de las condiciones de vida y de las experiencias cotidianas: ésa era la verdadera igualdad. Significaba también el final de la “gran narrativa”, auspiciada por

las aproximaciones científicas al pasado, sustituida por una fragmentación de objeto de estudio de la historia.

Además, los intentos de examinar género y clase simultáneamente demostraron ser claramente insuficientes: parecía que algunos aspectos de la opresión y de sus experiencias habían sido comunes a las mujeres de todas las clases. Por eso, la historia de las mujeres avanzó en las últimas décadas por caminos diferentes y buscó explicar la subordinación apuntando al control masculino sobre la sexualidad de las mujeres, al patriarcado, a las nuevas aportaciones desde la óptica de las mujeres negras... La dicotomía histórica entre hombres y mujeres se amplió a otras dicotomías: naturaleza/cultura; trabajo/familia; y público/privado.

Ese cruce de caminos de historia de las mujeres, historia social, historia oral e historia de la vida cotidiana, donde han entrado también con fuerza el postmodernismo y el psicoanálisis, ha estado presente en la revista *Arenal*. Veinte años de existencia, de investigación, debates y renovación. Enhorabuena a quienes lo han hecho posible.

La Historia de los otros. Para *Arenal*, Revista de Historia

M.^a Ángeles Durán Heras
CSIC

Cuando Cándida Martínez me pidió que escribiese tres páginas sobre mi relación con la Historia, ya intuí que no se trataba de un encargo tan fácil como aparentaba. Ahora, varios meses después de aquella ocasión y tras muchas semanas de romper borradores y darle vueltas, no me queda otro remedio que poner punto final a las cavilaciones y tratar de ordenarlas para que el conjunto sea legible.

En "*Liberación y Utopía*" (Akal, 1982) propuse que la relación entre las mujeres y la ciencia se estudiase a través de tres aspectos: el modo en que la ciencia se ha ocupado de ella, su papel como creadora o investigadora y su papel en el proceso de transmisión de los conocimientos. Así que trataré de seguir aquí la misma regla. Como no soy historiadora sino socióloga, mi relación con la Historia ha sido principalmente la de alumna y estudiosa. También he jugado otros papeles como editora o promotora de redes de investigadores, sobre todo en los años fundantes del Instituto Universitario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma.

Probablemente era inevitable que como resultado de este progresivo acercamiento a temas históricos, acabase traspasando unas cuantas veces la frontera entre Sociología e Historia, frontera por lo demás sutil cuando hay historiadores que hacen Historia Contemporánea y sociólogos que se

ocupan de Sociología Histórica. Si he traspasado esa frontera ha sido porque buscaba causalidades sociales de ciclo largo, orígenes que no podían hallarse en el plano de la actualidad. A lo largo de mi vida, creo que he dedicado a temas históricos aproximadamente una quinta parte de mi tiempo de trabajo, casi todo fuera de horarios laborales y sin salario por medio, motivada por la necesidad o el simple placer intelectual. Muchas veces me he preguntado cómo puede un movimiento social construirse una identidad positiva si pesa sobre su espalda una historia negativa, o simplemente si apenas sabe nada de su historia. Creo que lo que más me diferencia de los historiadores, cuando he trabajado en temas históricos, es que yo transito por el pasado con la mirada siempre puesta en el presente, en la urgencia, mientras que los historiadores se contienen en la época que estudian. En ese sentido, la Historia es sobre todo para mí una herramienta, una herramienta para construir el futuro.

Los sociólogos trabajamos principalmente con observaciones extensivas, pero toda encuesta contiene una muestra de minibiografías, no importa que sean mil entrevistas o doscientas mil. Los problemas de la memoria y el olvido, la censura y la autocensura, el deseo de hablar y de callar, la interpretación y codificación de lo dicho, forman parte de nuestro pan de cada día. Los sociólogos necesitamos, respetamos y desconfiamos simultáneamente de las respuestas, incluidas las propias: en eso tenemos muchos puntos en común con los historiadores. Con este bagaje de reservas comencé estas páginas, tratando de hacer una biografía intelectual en la que resaltase las relaciones con la Historia. Al adoptar la perspectiva del ciclo vital, enseguida emergió como importante la época infantil y juvenil, en la que obviamente fui receptora continuada y sistemática de lecciones, textos y exámenes de Historia.

En esa época me interesaron sobre todo episodios con los que, por diversas razones, establecí proximidad emocional; por ejemplo, aunque en general los romanos me caían bien (por aquello de las carreteras, las ciudades, su organización), lo que más me vinculó emocionalmente con su época fue la historia de Viriato (más o menos paisano, igual que Trajano) y los niños mártires. También Numancia (¿o era Sagunto?), que se había colado en la intimidad familiar porque en la librería del despacho de mi padre había una escena tallada con los romanos atacando a caballo. Mi colegio era de una orden de monjas francesa que se tomaban en serio la enseñanza y en general tuve buenos profesores. He reprimido el deseo de rebuscar entre viejas carpetas para sacar el libro escolar y confirmar lo que la memoria me apunta; que entre los cinco y los quince años me evaluaron en Historia con una nutrida colección de sobresalientes y matrículas de honor. No sé en qué proporción he dejado de buscar el expediente, si por pereza, por el temor a encontrar una realidad menos complaciente de la recordada, o por

no desatar una oleada excesiva de emociones. Recuerdo que cuando tenía unos catorce años, mi clase entera se inflamó de tanto ardor patriótico a causa de la invasión napoleónica que una monja superiora nos visitó después discretamente (y quizá también, con una pizca de burla o diversión) para apaciguar los ánimos.

Sin embargo, la Historia no estaba entre mis asignaturas favoritas. A diferencia de las matemáticas, la física, o la gramática, no me exigía esfuerzo ni me provocaba dudas. Tampoco placer estético, que entonces no sabía que lo era, como sucedía en Literatura o Arte. Creo que siempre me han interesado más los procesos que los resultados. Sin que pudiera formalizarlo como ahora lo hago, percibía la Historia como un recuento de hechos, personajes y fechas que dejaba escaso hueco para los por qué. También influía la fragilidad que siento cuando aprendo y desprendo rápidamente, por esa especie de elasticidad del cerebro para captar, almacenar y olvidar. ¿Qué queda dentro de la memoria, qué desaparece del todo, de qué depende? ¿Le pasa a todo el mundo en la misma proporción o es variable? Si me hubieran empujado en esa otra dirección, podría haber acabado estudiando neurología.

Durante la infancia, además de como asignatura o certificado para superar un escalón en el sistema escolar, viví otras muchas formas de relación igualmente importantes con la Historia: por ejemplo, las historias sin pretensiones académicas pero muy bien enraizadas que aprendíamos a diario a través del cine, los cuentos o las memorias familiares. El Medievo de los libros no podía competir con el atractivo de Robin Hood o Ivanhoe. El himno de la Virgen de Agosto, que cantábamos a voz en cuello durante las procesiones veraniegas, dejaba más impronta que las tempranas lecciones escolares sobre los conquistadores. ¿Y qué importancia podían tener los godos o los liberales frente a los relatos desgranados en la penumbra por mi abuela Julia sobre los casamientos, trifulcas, desamores o herencias de un tatarabuelo o una bisabuela?

En aquellos años, la Extremadura rural estaba muy atrasada por comparación con Madrid. No había agua corriente, la luz eléctrica sólo llegaba unas horas y con apagones frecuentes, el transporte local o la trilla todavía se hacían con animales. En vacaciones parecíamos saltar del siglo XX al XIX, y esa experiencia temprana de disociación dejaba huella en mis categorías conceptuales sin que fuese consciente de ello. Cuando años más tarde leí a García Márquez, pensé que ya había escuchado antes aquellos relatos, sus memorias estaban tejidas con el mismo hilo que las de mis abuelos extremeños. Nadie que haya vivido el acarreo del agua a cántaros, la palangana como utensilio de higiene o la seca de las fuentes en verano, debería atreverse a hacer historia social o económica sin situar el alcantarillado y el grifo en primerísimo lugar.

Después de la reválida de cuarto elegí Ciencias. El álgebra, con don José del Castillo como profesor y único referente masculino entre todo el profesorado del colegio, fue un descubrimiento precioso. No comprendía que a tanta gente le disgustasen las matemáticas. Mis padres daban por hecho que cuando acabase el bachillerato iría a la Universidad y preferían que me decantase por la Facultad de Farmacia, de lo que ya había tradición familiar de varias generaciones. Yo dudaba entre otras opciones y ellos me dejaban elegir. Medicina, quizá, o el reto de empezar ingeniería industrial como mi padre, aunque él mismo lo desaconsejase (“no es adecuado para una chica, lo pasarás mal cuando seas la única en una fábrica”). A finales de curso me desmayé viendo curar a mi hermana de una quemadura, por lo que abandoné la idea de hacer medicina. Poco a poco, el abanico de opciones se iba perfilando.

Sexto de bachillerato fue un año espléndido, de los que marcan umbral. La misma tónica se mantuvo en el PreU, que trajo consigo un cambio en el modo de estudiar. Parte del curso estaba dedicada a un amplio tema monográfico y por primera vez salíamos del colegio para escuchar ciclos de conferencias en el Ateneo. Nos tocó Hispanoamérica y los escritores románticos franceses. De Hispanoamérica aprendí muchas fechas y lugares, pero lo que dejó poso fueron algunas ideas y sentimientos. Grandeza, miseria, aventura, mestizaje, comunidad de naciones. Los escritores franceses no me hubieran interesado por sí mismos, pero la monja que los enseñaba era excelente pedagoga y muy exigente. Nos hacía crecer. A veces no bastaba un diccionario corriente para las traducciones, había que ir más hondo, no era un resultado automático. ¡Y aquella insistencia en la pronunciación de las vocales! No se conformaba con que supiéramos qué habían escrito Musset o De Vigny, quería que entendiésemos su sonoridad, por qué escribían como lo hacían y por qué eso no había sucedido antes ni después. Siento no recordar ahora su nombre, porque nos introdujo a otro modo más riguroso de aprender. También la profesora de Filosofía, madre Loreto, nos enseñó categorías intelectuales útiles para la Historia. Han pasado cincuenta y cinco años y todavía agradezco sus exposiciones sobre el tiempo y el espacio, lo pequeño y lo grande, lo próximo y lo lejano.

En la primavera del año de PreU me atacó una conjuntivitis tan feroz que durante una temporada no pude fijar la vista. Algunas compañeras me leían apuntes en voz alta, pero eso no servía para entender los esquemas de física y química. Sólo gracias a las matemáticas aprobé el PreU, y me encontré con la pelota en el tejado de qué carrera elegir. En octubre salí de casa para matricularme en Económicas, igual que la hermana menor de mi madre, pero en el metro me encontré con una compañera de colegio algo mayor, que estudiaba Ciencias Políticas. “¿Y eso qué es?”. “Pues es la misma Facultad que Económicas, pero mejor, porque además tiene lo más

bonito de Historia y de Derecho”. Así, sin saber muy bien qué era, acabé matriculada en Políticas, igual que otras cuatro compañeras del colegio que sin ponernos de acuerdo elegimos lo mismo; unas veníamos de Ciencias y otras de Letras, seguimos siendo grandes amigas desde entonces. Nunca me he arrepentido de aquella decisión, creo que en ninguna otra Facultad hubiera estado más a gusto.

Cuando empezó primero de Facultad tenía dieciséis años. A los alumnos de otros cursos les veía tan mayores que cuando los de quinto llegaron para hacernos una novatada conté después que “habían venido unos señores”. Viví el primer curso de carrera en un estado de sorpresa casi continua, más social y política que intelectual. En una ficha en que se nos preguntaba qué especialidad querríamos hacer cuando terminásemos, escribí que diplomática.

Sin que eso sea demérito para mis profesores, aprendí más en los pasillos que en las aulas. Las chicas éramos más o menos un tercio, pero ni en primero ni en los años posteriores tuve una sola profesora mujer. No había modelos a los que copiar. En junio de ese año ya estaba entusiasmada con la carrera, deseando ir a conocer otras realidades sociales diferentes más de cerca. Mi padre me ofreció, como regalo, un viaje de trabajo de campo durante un mes por las Hurdes para conocerlas, caballería incluida. Eso sí, acompañada por un guarda. No pasó de un sueño fugaz porque mi padre murió poco después y la vida de mi familia cambió completamente. En octubre, mi madre no regresó a Madrid, se quedó en Extremadura tratando de gestionar mejor el patrimonio para sacar a los hijos adelante.

Los acontecimientos biográficos importantes, y sin duda la muerte de mi padre fue un fortísimo golpe, marcan tanto emocional como intelectualmente. ¿Cómo podrían no dejar huella en nuestro modo de conocer, de aproximarnos a la realidad, los hechos que nos hieren o nos engrandecen? Cuando comenzó el curso de segundo me había convertido en una huérfana enlutada de diecisiete años sobre la que pesaban muchas responsabilidades. Aprendí muy rápido, en carne propia, que los cambios súbitos existen: que las instituciones pueden desmoronarse, que un mal día desaparece el suelo bajo tus pies y no importa lo que les suceda a los otros porque tu vida sigue una pauta distinta, ellos no visten de negro y tú sí. Ellos viven la misma vida de siempre y tú no. Sé que este hecho ha influido en los temas que me interesan, en mi modo de entender la Sociología y la vida, y también en mi aproximación a la Historia. Hasta la muerte de mi padre, mi madre había sido un ama de casa urbana y acomodada; al quedarse viuda, peleó con todas sus fuerzas para que los seis hijos siguiéramos estudiando. ¿Cómo no ser consciente del papel afectivo, laboral y económico que jugaba en nuestras vidas? ¿Cómo paliar los huecos que dejaba su ausencia en la casa de Madrid? ¿Cómo no ver que ella y miles de mujeres como ella contri-

buían de modo decisivo al mantenimiento de la economía y la sociedad, y que llevaban siglos haciéndolo?

En la Facultad de Políticas encontré dos tipos de hacer y enseñar Historia muy diferentes. Curiosamente, o mejor dicho comprensiblemente, los temarios explicados en clase se detenían antes de la Guerra Civil. En cualquier caso, la figura del profesor siempre jugó un papel decisivo en mi relación con todas las asignaturas. El profesor de Historia de primero era muy exigente y la materia extensa, muchos alumnos se bloqueaban en su presencia. Yo traté de adivinar sus facetas más humanas y pocos días antes del examen soñé que le encontraba en la Casa de Campo, celebrando la primera comunión de su hija, y se portaba como un padrazo. Bendito sueño, porque le perdí completamente el miedo.

En segundo, tercero y cuarto los profesores de Historia (también los de Sociología) me iniciaron a la investigación, invitándome a participar en seminarios a los que asistían algunos alumnos de cursos más avanzados y profesores jóvenes. Díez del Corral, Valdeavellano y José Antonio Maravall enseñaban Historia de las Ideas y de las Instituciones, un enfoque en el que me sentí a gusto. Disfruté con sus clases y seminarios. Para el seminario de Díez del Corral leí por primera vez en mi vida textos en castellano antiguo. Como me había matriculado también por libre en la Facultad de Derecho, viví la experiencia de estudiar materias muy parecidas desde perspectivas diferentes. Recuerdo un examen con Valdevellano en que me venía a la memoria lo aprendido en Derecho, superponiéndose a lo que se esperaba que hubiese aprendido en Políticas. Aquello me generó en su momento algo de incertidumbre, acompañada de otras secuelas. Por un lado, un poso de escepticismo. Y por otro, más intenso, la consciencia de la complejidad del saber, las dificultades de acotación y de método, la necesidad de priorizar un marco de análisis y la sensación de privilegio por haber podido disfrutar de tanta riqueza polifónica. En cuanto al seminario de Maravall, pudo haber significado un cambio total en mi carrera, porque dediqué muchísimas horas (creo que no exagero si lo cifro en varios centenares) a seguir el rastro de los movimientos obreros españoles en el siglo XIX a través del Diario de Sesiones del Congreso y otras fuentes. Sin embargo, pudo más mi interés por el presente y, si fuera posible, por el futuro, por lo que volví al redil de la Sociología. Quería y necesitaba acabar la carrera y empezar a trabajar profesionalmente en lo que ya llevaba haciendo a tiempo parcial desde varios años antes.

Luego vino un periodo de poca conexión con la Historia, salvo con la Historia de la Sociología (que es otra faceta de la Historia de las Ideas), y la Historia del trabajo de las mujeres. El nuevo encuentro intenso llegó con la preparación de las oposiciones a cátedra de Sociología, siendo ya profesora adjunta en la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma

de Madrid. Lo que me obligó a un salto cualitativo no fue la preparación del temario, sino el ejercicio sobre “*Concepto, método y fuentes*”. Necesité alcanzar un nivel de abstracción superior al que hasta entonces me habían requerido las clases universitarias o la tesis. No hubiera podido sobrevivir, ni humana ni intelectualmente, sin el apoyo de mi marido y el tesoro de sus propios libros y lecturas. Instalada en el semisótano de nuestra casa en las afueras de Madrid, la conciliación entre estas exigencias y la vida familiar, con dos niños pequeños, fue muy dura. Durante casi tres años apenas tomé el sol, no vi a los amigos, dormía muy poco, engordé quince kilos. ¿Fue distinto por ser mujer? Sí, sin duda, y no sólo por el peso de la maternidad sino por las diferentes expectativas profesionales que casi todo el mundo proyectaba sobre mi futuro.

Muchos de los problemas del concepto, método y fuentes son comunes a la Sociología y a la Historia, especialmente la delimitación del sujeto, el espacio y el tiempo estudiado. Aunque sufrí mucho con las oposiciones y no le deseo a nadie que tenga que competir del modo que yo tuve que hacerlo, fue una gran experiencia intelectual y personal a la que no me hubiera sometido de no exigirlo las reglas académicas. Sobrevolví, crecí, abrí puertas, me di de bruces contra otras que se resistieron a abrirse. Salí del encierro convencida de que gran parte de lo que enseñábamos en Sociología como si se refiriese a toda la sociedad, en realidad se refería a unos pocos. A los Otros. E igual pasaba en Economía, o en Historia. La ciencia posible era muy grande, casi todo estaba pendiente de hacer y nos estábamos conformando con un pequeño trozo. Llegué a esta conclusión antes de que se celebrasen los exámenes y no después, como la mejor consecuencia de aquel periodo de estudio y reflexión. Como caída en el camino de Damasco, una vez alcanzado ese punto ya no hubo vuelta atrás. Que algún miembro del primer tribunal comentase, a propósito de mi currículum, que la investigación sobre la mujer era un tema sin suficiente altura para una cátedra universitaria, aunque estaría bien para una cátedra de instituto, me escoció pero fue en cierto modo secundario. Por decirlo en palabras de hoy, era el problema de quien lo decía, no el mío. O al menos, no debiera serlo. Quien hizo esa afirmación tuvo la gentileza de disculparse años después, dijo que se había equivocado.

Tras el fracaso de ese primer intento, me asfixiaba intelectualmente. Sentí una necesidad imperiosa de explorar otros campos más abiertos, de generar estructuras al margen de las clases de la Facultad de Económicas cuyo temario estaba conformado por el currículo facultativo. Tuve la enorme suerte de que el entonces rector de la Universidad Autónoma de Madrid, Prof. Martínez Montavez, me ofreciese la oportunidad de dar una conferencia en el ciclo de Humanidades Contemporáneas. Elegí como tema la Historia de la Mujer y la Ciencia, con el título “*Mil años de ausencia*”

y me volqué en prepararla. Con aquella conferencia renací: fue como un parto laborioso, consciente y feliz, en el que las ideas gestadas y trabajadas durante meses se integraron, tomaron forma y cuerpo, vieron la luz y fueron acogidas con cariño y hechas propias por Otros. Igual que en los partos, cuando terminé la conferencia estaba tan agotada que tuve que meterme en la cama y dormir.

Al año siguiente, me ofrecieron un ciclo entero de conferencias e invité a hablar de concepto, método y fuentes a diez profesores. Para Historia invité a la hispanista estadounidense Joan Connelly. Por las mismas fechas inicié la búsqueda de coautores en todas las disciplinas con implantación en la Universidad española, para hacer un libro sobre *Mujer y Ciencia* que tratase de responder a la cuestión de la mujer como objeto, sujeto y transmisora del conocimiento. Del capítulo de Historia se hizo cargo la medievalista Cristina Segura, buena amiga desde la infancia. Del de Filosofía, Celia Amorós, a quien hasta entonces no conocía personalmente. Siempre agradeceré a Ramón Akal que creyera en el proyecto y se ofreciese a publicar el libro cuando aún no lo habíamos escrito. Para avanzar institucionalmente inventamos el Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en la Universidad Autónoma de Madrid, con la historiadora Pilar Folguera entre las fundadoras. Aunque fui la promotora y primera directora del Seminario, Pilar Folguera aportó una capacidad organizativa, un sentido práctico y una buena trabazón con los historiadores que afianzó el proyecto. Poco después iniciamos las Jornadas de Investigación Interdisciplinar, un acontecimiento anual de gozoso debate que en su primera edición se dedicó a Historia, Economía, Sociología y Ciencia Política. El primer conferenciante invitado para la sesión de Historia fue José Cepeda, catedrático de Historia Moderna de la Universidad Complutense. Muy pronto, el seminario recibió el reconocimiento como Instituto Universitario de Investigación. Si no recuerdo mal, compartiendo la condición de pionero con el de Física Teórica. Desde sus comienzos, los/as historiadores jugaron un papel importante en la vida del Seminario, tanto en las Jornadas de Investigación Interdisciplinaria como en las publicaciones. Teníamos vocación de innovar en los contenidos y en las formas de transmisión. Abrimos la colaboración a todas las Universidades y centros de investigación. Los profesores de enseñanza media, muy numerosos en el caso de Historia, eran esenciales como transmisores de su materia a las nuevas generaciones, y desde el inicio fueron invitados y bienvenidos. Al grupo de historiadoras de la Universidad Autónoma (Pilar Folguera, Margarita Ortega, Elisa Garrido, Pilar Pérez Cantó y otras muchas que no cito para no alargarme en exceso) les debo mucho, y también a sus colegas varones y a todos cuantos transitaron por las actividades que allí organizamos. Fue entre todos como se construyó aquella empresa intelectual innovadora y gratificante.

Aunque no todo resultó en enhorabuenas y abrazos en aquellos años de juventud e ilusiones. Recuerdo que el día que empezaron las primeras Jornadas hacía mucho frío, fuimos a tomar algo caliente a la cafetería. Un profesor de mi Facultad, hombre poderoso y de otra generación, se sintió con el derecho —y quién sabe si con la obligación— de hacer un comentario jocoso en voz alta: “¿*Qué hacen por aquí tantas mujeres?*” ¡*Las mujeres a fregar!*”. Aunque fuera una broma, tuvo poco gracia. Lo dimos por no escuchado.

Mientras el impulso del Instituto de la Autónoma se consolidaba y extendía a través de las Jornadas de Investigación Interdisciplinar, la línea de publicaciones y la colaboración con otros seminarios y grupos de investigación, llegó una fase intensa de internacionalización, algo que ahora resulta casi obligatorio pero hace treinta años no lo era. A las Jornadas se incorporaron pronto investigadores/as europeos y latinoamericanos. En el año ochenta y cinco me invitaron a participar en el Foro paralelo a la Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas, en Copenhague. Allí conocí a algunas historiadoras USA, pioneras en su país, que estaban trabajando en temas similares a los que entonces me preocupaban. Entre otros, el de la periodificación y la posibilidad (más bien, la certeza) de que diferentes grupos sociales vivan su historia en períodos no coincidentes aunque compartan cronología y territorio. Desde que leí la “*Sociología del Renacimiento*” de Alfred von Martin, pensé que la experiencia renacentista fue sobre todo cosa de hombres, que las mujeres europeas solo llegaron de modo masivo al Renacimiento a mediados del siglo XX de la mano de la educación, la píldora y el aumento de la esperanza de vida posterior al periodo fértil. ¿Es una herejía sentirse renacentista cuando los demás te sitúan en la época postmoderna?. Fue un enorme alivio y estímulo comprobar que mis preocupaciones eran compartidas, que se estaba gestando un movimiento intelectual y social de amplio alcance en el que tenía plena cabida.

Poco después, en las Berkshire Conferences on History of Women encontré pequeños grupos de investigación sobre la situación de la mujer en Ávila en el siglo XIII; fueron la mejor buena prueba del formidable sentido organizativo de las universidades estadounidenses, capaces de ponerse en cabeza en casi cualquier tema especializado en un tiempo récord.

La expansión de la investigación historiográfica sobre las mujeres en España estaba dando ya copiosos frutos y tenía mucha vida propia. Tras obtener la Cátedra de Sociología en la Facultad de Económicas de Zaragoza a comienzos de los ochenta, seguí escuchando muchas ponencias y debates sobre Historia. Fue lo que pudiéramos llamar una segunda etapa de formación itinerante, oída y dialogada. Tampoco es de desdeñar la formación histórica subliminal, discontinua y parcial pero intensa, que se te contagia por ósmosis al recorrer territorios ajenos. He viajado mucho, casi siempre

por trabajo, y por rápidos que hayan sido los viajes, siempre me han enseñado algo de Historia. Aunque los puristas desdeñen la capacidad formativa del viaje efímero, a mí me parecen maestros de primera magnitud. No sé de qué viajes he aprendido más, si con la historia evidenciada en grandes vestigios que me ha dejado boquiabierto (tangibles en Egipto, próxima y reconocible en Europa, inmensa en México, sorprendente en China) o del desasosiego casi físico que me produce la escasez de trazas antiguas en países tan orgullosos y volcados al futuro como Australia o Estados Unidos.

Intermitentemente, una invitación a participar en algún evento o proyecto especialmente atractivo me ha arrancado de otros compromisos para vincularme con temas históricos. Por invitación de Rosa Capel hice un pequeño estudio sobre estructura social de España en el siglo XVIII. Descubrí el Archivo Histórico Nacional y el raro placer de abrir carpetas primorosamente anudadas que parecían no haber sido tocadas nunca antes por otras manos.

A Fray Luis de León y "*La perfecta casada*" les he dedicado muchísimas horas, convertidos en eje de conferencias y ensayos. Me pregunto cuándo reconocerán los historiadores económicos que Luis de León, además de poeta, es el mejor ideólogo de un modo de producción familista y patriarcal. Una mina.

Con el grupo de historiadores de la Universidad de Granada me ha unido, sobre todo, el común y pionero interés por la Historia de las Mujeres y la generación de estructuras estables de investigación y transmisión de conocimientos. La revista *Arenal*, cuyo vigésimo aniversario se celebra actualmente, es un buen exponente de esa institucionalización del esfuerzo colectivo. Pronto se convirtió en un núcleo amplio del que solo citaré a Cándida Martínez y Pilar Ballarín, pero es mucho más extenso y mantiene su vitalidad hasta hoy. Ha sido un grupo irradiante, con capacidad de influencia internacional. Especialmente me han interesado sus aportaciones al uso de los espacios construidos, tema que también ha recibido el estímulo del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España y de quien fuera su secretaria general, Isabel León. La mayor parte de mi trabajo en esta línea está recogido en el libro "*La ciudad compartida*".

Sin pretenderlo, la historiadora de la Universidad de Valencia Isabel Morant ha sido responsable de que me embarcase en dos aventuras intelectuales que he recogido en el libro "*Si Aristóteles levantara la cabeza*". Cuando me pidió un libro para la colección de "Feminismos" de la editorial Cátedra, en lugar de una monografía le propuse una colección de ensayos que desarrollaran algunas ideas sobre la mujer y la ciencia que ya había ido avanzando en publicaciones dispersas. Algo así como los textos que yo hubiera querido leer a los quince años y no puede encontrar porque todavía no los había escrito nadie. Fue a causa de "*La perfecta casada*" de Fray Luis de León por lo que tuve que ir a buscar el *Oikonomikos* de

Jenofonte, precursor de la discutida *Economía* de Aristóteles. Había leído “*La Política*” de Aristóteles en segundo de Facultad y ya entonces me pareció una bofetada contra las mujeres; pero en aquel momento nadie la acompañó con una sugerencia de contralecturas críticas. Como entonces sólo tenía diecisiete años y otros temas me urgían más en la cabeza, almacené el golpe en algún lugar recóndito en que no hiciera daño y lo dejé enfriar sin olvidarlo.

Lo novedoso, lo que me dejó enganchada con Aristóteles en el segundo reencuentro fue una referencia casi de pasada a los osos/osas. Aristóteles consideraba a todas las hembras tan determinadas por su fisiología que las hacía de similar carácter, excepto Arktos, la osa ¿Qué tenía Arktos que la convertía en la excepción a la regla? Durante muchos meses busqué inútilmente la respuesta en la Historia y en la Biología. Como en ninguna de esas materias encontré la clave, derivé la búsqueda hacia la literatura, los mitos y las leyendas. No me importaba si los osos eran diferentes de los gatos, los perros y los hombres, sino por qué Aristóteles lo creía. Y no era tanto una cuestión de hechos cuanto de reglas de clasificación. O, como dijo con mucho acierto Celia Amorós cuando le conté que estaba atrapada buscando osas y osos (Arktos vs. Ursus), por “*la capacidad hemorrágica de las excepciones*”.

Cuando cerré el episodio de Aristóteles, quise seguir buscando a Arktos en mi Ártico particular, y elegí como guía Linneo. Sabía muy poco de este botánico del siglo XVIII que renovó los sistemas de clasificación de las plantas y fue reverenciado por todas las cortes europeas. Tuvo rivales y enemigos feroces, pero a mí me interesaba porque había introducido en la biología nuevas categorías, como la de mamíferos, y porque se planteaba rigurosamente el problema de las escalas y la continuidad de las especies. No voy a contar aquí el resultado de mis indagaciones ya que están publicadas, pero supongo que los varios meses que le dediqué podrían considerarse de investigación en Historia de la Ciencia. Sospecho no obstante que pocos botánicos o biólogos han leído mi ensayo, aunque probablemente también son pocos los que han leído o estudiado en España al propio Linneo.

También he dedicado mucho tiempo a estudiar y escribir sobre algunos puntos muy concretos de la Historia del Arte. Si es que así puede decirse, la culpa la tuvo el Instituto Europeo de Estudios de Florencia, donde en 1997 fui invitada como profesora en un curso multidisciplinar sobre Tiempo y Género que dirigían la historiadora O. Hufton y la jurista Y. Kravaritou. Debía haber dado una conferencia sobre “*Análisis comparado del Producto Interior Bruto*”, pero tras un mes de continua convivencia con el arte que rebosaba por todas partes la ciudad, me sentí incapaz de hablar sobre cualquier otra cosa que no fuera el estímulo del arte sobre la creatividad en el pensamiento científico. Ese fue el comienzo de una línea de trabajos,

la mayoría sobre iconografía, con la que he disfrutado enormemente y que debe rondar ya las doscientas cincuenta páginas publicadas.

Finalmente, hay otro aspecto de mi relación con la Historia que he dudado si contar aquí o no, porque me suena más a confesión privada que a investigación pública. Se trata de las muchas horas que he consumido en seguirle la pista a una tatarabuela de la que no encuentro partida de bautismo ni de matrimonio. En su busca he visitado archivos episcopales, me he carteadado con párrocos y archiveros. Cuando finalmente encontré su tosca firma al pie del testamento en el archivo notarial de Salamanca me emocioné hasta los huesos, más como investigadora que como tataranieta. Pero no sirvió de gran cosa, porque ella sigue esquiva, envuelta en retazos de memoria oral que cada día se hacen más difusos e inaccesibles.

En cuanto al futuro de todos los papeles que haya podido jugar en relación con la Historia, la mayoría están ya cerrados, pero es probable que vuelva a tirar de los hilos de dos de ellos. Lo haría en relación con un proyecto de Fundación para la recuperación del patrimonio arquitectónico en la Sierra de Gata (Cáceres) que con la crisis de estos últimos años se ha atascado. Para ponerlo en marcha se necesita un importante capital colectivo de ilusión y energía. Tanto la Historia del urbanismo y la arquitectura local como la del arte son una herramienta imprescindible para que otras personas e instituciones se involucren en el proyecto.

No me extrañaría que en el futuro volviera a trabajar en este proyecto y que, igual que en los viejos tiempos, lo hiciese compartiendo muchas horas con historiadores y con sujetos variopintos que han vivido aproximaciones diversas a la Historia y a sus propias historias.

Reflexiones sobre los estudios de Género desde la Historia Antigua. A propósito de los 20 años de la Revista *Arenal*

María José Hidalgo de la Vega e Iván Pérez Miranda
Universidad de Salamanca

Sólo la conciencia permanente, en mujeres y hombres, de la discriminación padecida (pasada y presente) puede justificar e impulsar, en aras de la igualdad-autonomía, la absolutamente imprescindible discriminación positiva de la mujer en la vida cotidiana, en la política... y en la historiografía. (Cascajero 2002, 33; 2000, 23).

Hacer historia de las mujeres constituye una forma relevante de tomar conciencia de la propia identidad como colectivo y obliga a releer las fuentes desde una perspectiva de género. En el marco de las relaciones entre los sexos se manifiesta de forma más nítida la alteridad, al tiempo que permite

una reflexión sobre la naturaleza y la construcción del rol asignado socialmente a las mujeres en una sociedad patriarcal. Por ello, ocuparse de la historia de las mujeres de la Antigüedad desde nuestro presente sirve para reflexionar sobre nosotras mismas. Esta historia de las mujeres participa de la historia cultural y de la historia general que desarrollan nuevos ámbitos de estudio estimulados por su relación con la dimensión de género.

La irrupción de los feminismos en la historiografía (en los años 60 en EE.UU. y algo más tarde en Europa —años 70— y en España —principios de los 80—) ha evidenciado el silencio y ocultamiento al que se han visto sometidas las mujeres a lo largo de la historia, y sólo cuando ha sido necesario justificar este silencio debido a las quejas de las olvidadas, éste se ha legitimado *por la vanalidad del asunto o por “necesidades o prioridades estratégicas”* (Cascajero, 2000, 31). Recuperar a las mujeres del pasado y conocer el alcance de su protagonismo, esto es, hacerlas visibles, fue la primera pretensión de la Historia de las Mujeres (Cid, 2002, 11-12) y ello transformó de manera muy notable la historiografía de finales del siglo XX, también en Historia Antigua¹.

La vinculación de la historia de las mujeres a los movimientos feministas ha sido evidente, si bien esta relación entre historia de las mujeres y los diferentes feminismos² es más compleja de lo que pudiera parecer en un principio y, pese a que el compromiso social y político de la historia de las mujeres es claro, ésta no es un mero reflejo de la política feminista extraacadémica (Sánchez Marcos, 2012, 114-121, esp. 114-115). Desde que comenzó a desarrollarse la historia de las mujeres en España a principios de los años 80³, los trabajos realizados fueron rigurosos, pero ello no impidió que enseguida surgiesen críticas desde la historiografía más tradicional, aludiendo bien a la ausencia de fuentes documentales o a que se trataba de

1. Aunque el rechazo a la periodización tradicional es uno de los temas repetidos en la historiografía de género, el arraigo de ésta en la Academia hace inevitable que las especialistas se vean obligadas a encasillarse en una época concreta (Cid, 2002, 13, 20). Sin embargo, hay que reconocer como una aportación muy positiva a la historiografía el cuestionamiento de esta parcelación y la contribución de la historia de las mujeres y de género a una visión más interdisciplinar del pasado.

2. Principalmente los feminismos de la igualdad y los feminismos de la diferencia, predominantes en la historiografía española, pero también otros movimientos como los feminismos marxista, lesbiano, *queer*, ecofeminismo, etc. vid. Cascajero, 2002; Segura, 2005

3. En 1981 tuvieron lugar las Jornadas de Investigación Interdisciplinaria del Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid (Segura, 2006, 87-88; Segura, 2008, 275). El avance del feminismo, y como consecuencia también de los estudios sobre mujeres, se retrasó en España por evidentes motivos políticos, aunque ello no ha impedido que hayan surgido enriquecedores debates, muestra de la vitalidad que en la actualidad tienen los estudios históricos sobre mujeres (Cid, 2004; Cid, 2006).

una historia parcial o irrelevante (Segura, 2006, 93-96; Segura, 2008, 279-281). Sin embargo, las críticas y recelos iniciales no pudieron impedir que la historia de las mujeres en sus diferentes vertientes se asentase de manera sólida en las principales universidades españolas, aunque en menor medida en lo que respecta a la Historia Antigua frente al resto de periodos⁴. Paradójicamente es en estas críticas sobre la ausencia de fuentes y la presunta parcialidad o irrelevancia de los temas tratados donde, a nuestro parecer, reside gran parte de la importancia de los estudios históricos sobre mujeres en la historiografía. Por un lado, ha quedado claro que se puede recurrir a fuentes que antes no eran aprovechadas suficientemente. También, que las fuentes clásicas pueden —y deben— ser releídas desde nuevas perspectivas que enriquezcan más nuestra comprensión de la realidad histórica.

En lo referente a la importancia de los temas estudiados, es necesario tener en cuenta que la historia se hace desde nuestro presente, que intentamos comprender mediante el análisis crítico del pasado. Es por ello evidente que cada presente marca qué temas son relevantes. Pese a todas las dificultades iniciales ya no es concebible una historia sin la presencia de las mujeres.

En los primeros momentos, la historia de las mujeres que se realizó fue de tipo contributivo, destacando las aportaciones de las mujeres a los temas tradicionalmente estudiados. Pero pronto quedó claro que para recuperar la historia invisibilizada de las mujeres era necesario recurrir a nuevos elementos metodológicos con los que analizar el pasado, y a nuevas categorías de análisis como el propio concepto de género, construcción social que hace referencia a los roles asignados al hecho de ser varones o mujeres, así como a la división del trabajo en la economía y en el hogar y al estatus y los desequilibrios de poder en la participación en la toma de decisiones. De este modo se evidenciaba el carácter androcéntrico de las categorías de análisis utilizadas por la historia social (Cid, 2006, 66 ss.); categorías como “clase social”, que el concepto de género no invalida, sino que complementa. La historia de las mujeres y de las relaciones de género han permitido profundizar más y mejor en el estudio de las diferentes formas de poder y dependencia en diversos ámbitos, teniendo en cuenta el carácter sexuado de las mismas y analizando los procesos de construcción de las identidades y alteridades, y las diversas formas de sumisión y resistencia ante la dominación.

4. Así en el estudio de Ortiz *et alii*, 1999, de las 1.088 aportaciones sobre Historia de las Mujeres entre 1992-1995, sólo 94 pertenecían a la Historia Antigua (8,63%). En cuanto a las tesis registradas, de 34, 3 (8,82%) se encuadraban dentro de la Historia Antigua. En lo referente a los proyectos de investigación sólo 4 (5,47%), de 73 pertenecían a la Historia Antigua.

Sin lugar a dudas, la creación de la revista semestral *Arenal*, en la Universidad de Granada en 1994, por un equipo de historiadoras pioneras que habían colaborado anteriormente en la creación de la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres (AEIHM) (Morant y Nash, 2002), supuso un importante impulso a la difusión de las investigaciones sobre historia de las mujeres en España, de la que es un extraordinario reflejo. En *Arenal*, como sucede en general en la historiografía española, destaca el peso que recibe la H^a Contemporánea, aunque la H^a Antigua ha tenido cierta presencia desde los primeros números, habiendo participado en ella, como no podía ser de otro modo, una de sus directoras, Cándida Martínez López, y algunas de las más prestigiosas historiadoras españolas como Ana Iriarte Goñi, María Dolores Mirón Pérez, María Dolores Molas i Font, Rosa María Cid López, Amparo Pedregal Rodríguez o Henar Gallego Franco, por citar sólo algunas de ellas⁵. También hay que hacer referencia a que los estudios sobre mujeres en el ámbito de la cultura clásica han sido realizados no solo por historiadoras sino también por filólogas y filósofas, y se han centrado en temas diversos como los mitos griegos, la literatura latina, la iconografía de las mujeres, la medicina, o en la conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua⁶.

Con motivo del décimo aniversario de *Arenal* se publicó un volumen conmemorativo, coordinado por Fina Birulés (2003). Estamos celebrando ahora una década más en el fructífero recorrido de dicha revista. En estos años las reflexiones historiográficas en los estudios de las mujeres de la Antigüedad se han ampliado y han permitido avanzar en la construcción de nuevos objetos, nuevos conceptos y nuevos métodos de análisis.

Los avances realizados en estas últimas décadas son innegables y la historia de las mujeres y de las relaciones de género está plenamente asentada en la historiografía actual, pero cabe plantearse nuevos retos que permitan una mayor visibilidad de las investigaciones realizadas. Foros como el ofrecido por la revista *Arenal* son imprescindibles para el debate interdisciplinar sobre esta historiografía. Si embargo, debemos estar presentes también en los ámbitos científicos de discusión no específicos de los temas de género, con el objeto de integrarnos plenamente en la historia global.

La incorporación de jóvenes investigadoras especializadas desde el comienzo de su formación en temas de género está contribuyendo consi-

5. En lo referente a las contribuciones internacionales, cabe señalar la participación de Eva Cantarella, Aline Rousselle y Lesley Dean-Jones.

6. Cabe destacar de este modo dos monográficos dedicados al mundo antiguo: *Mujer y medicina en el mundo antiguo*, volumen 7, n.º 2 (julio-diciembre 2000) y *Benefactoras y filántropas en las sociedades antiguas*, volumen 18, n.º 2 (julio-diciembre 2011), ambos temas muy relacionados con la faceta de cuidadoras tradicionalmente asignada a las mujeres.

derablemente al enriquecimiento de la investigación con nuevos enfoques. Sin embargo, no hay que olvidar que estos estudios deben incluirse dentro del marco general de las propias disciplinas.

Por último queremos destacar que sería conveniente la incorporación progresiva de investigadores varones⁷ a nuestros campos de análisis con perspectivas nuevas, lo que mostraría la plena integración de los estudios de género como parte fundamental de la disciplina histórica.

Bibliografía

- CASCAJERO, Juan: “Género, dominación y conflicto: perspectivas y propuestas para la historia antigua”. *SHHA*, 18 (2000), pp. 23-47.
- “Feminismo, postmodernidad e Historia Antigua. Entre la igualdad y la diferencia”. *Gerión*, 20, 1 (2002), pp. 33-74.
- CID LÓPEZ, Rosa María: “La historia de las mujeres y la historia social. Reflexiones desde la historia antigua”. En CID LÓPEZ, Rosa María (coord.): *Oficios y Saberes de Mujeres*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 11-37.
- “L’AEIHM et l’histoire des femmes en Espagne”, *Mnémosyne*, 2 (2003), pp. 31-44.
- “Historia de las mujeres e Historia de las relaciones de género. Balance, perspectivas y retos en la historiografía española”. En *Reflexiones teóricas y políticas desde los feminismos. III Congreso Internacional de Audem*. Oviedo, KRK, 2004.
- “Joan Scott y la historia de las mujeres en España: el caso de los estudios sobre la antigüedad”. En BORDERÍAS MONDEJAR, Cristina: *Joan Scott y las políticas de la historia*. Barcelona, Icaria, 2006, pp. 61-94.
- “Los estudios históricos sobre las mujeres en la historiografía española: Notas sobre su evolución y perspectivas. *Aljaba* [online], vol. 10 (2006), pp. 19-38.
- IRIARTE GOÑI, Ana. “Féminin/masculin versus Histoire(s)ociale(s) dans l’Université espagnole”, en “*A propos des études de genre dans les pays européens. Où en sommes-nous?*”, *Rencontre européenne du RING (Université de Paris 8, 27-28 de octobre de 2008)*. *Actas disponibles en*: <http://www2.univ-paris8.fr/RING/activites/rencontres.euro.06.html>
- ORTIZ, Teresa; MARTÍNEZ, Cándida; SEGURA, Cristina; QUIÑONES, Olga; DUART, Pura; SEVILLA, Julia; VENTURA, Asunción: *Universidad y Feminismo en España II*. Granada, Universidad de Granada, 1999.
- PEDREGAL RODRÍGUEZ, María Amparo. “Historiografía francesa e investigación española sobre las mujeres en la Antigüedad”, en FRANCO RUBIO, Gloria; IRIARTE GOÑI, Ana, *Nuevas rutas para Clío. El impacto de las teóricas francesas en la historiografía feminista española*. Madrid, Icaria, 2009, pp. 69-110.
- SÁNCHEZ MARCOS, Fernando: *Las huellas del futuro. Historiografía y cultura histórica en el siglo XX*. Barcelona, Universidad de Barcelona, 2012.
- SCHMITT PANTEL, Pauline: “La Historia de las Mujeres en la Historia antigua hoy”, en

7. A modo de ejemplo podemos señalar que de los artículos referentes al periodo antiguo publicados en *Arenal*, solamente uno (JUSTEL, Josué J.: “Mujeres y género en la historiografía del Próximo Oriente Antiguo: pasado, presente y futuro de la investigación”. *Arenal*, 18, 2, pp. 371-407) ha sido escrito por un historiador varón.

- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dir.), *Historia de las mujeres en Occidente*, vol. 1. Taurus, Madrid, 1991, pp. 537-547.
- SEGURA GRAÍÑO, Cristina: "Historia, historia de las mujeres, historia social". *Gerónimo Uzaiz*, 21 (2005), pp. 9-22.
- "Veinticinco años de historia de las mujeres en España". *MyC*, 9 (2006), pp. 85-107.
- "La Historia sobre las mujeres en España". *EHumanista*, 10 (2008), pp. 274-292.
- VICENTE SERRANO, Pilar y LARUMBE GORRAITZ, María Ángeles, "Los estudios de género en la Universidad: presente y futuro", en DOMÍNGUEZ ARRANZ: *Mujeres en la Antigüedad Clásica*, Madrid, Sílex, 2010, pp. 19-34.
- MORANT, Isabel y NASH, Mary, "Arenal: une expérience historiographique nationale"-CLIO. Histoire, femmes et sociétés [online], 16, 2002, disponible en <<http://clio.revues.org/index166.html>>.

Queridas amigas de *Arenal*

Marina Subirats
Socióloga

Para tomar nuevo empuje hay que volver la vista atrás, de vez en cuando. Ver el camino recorrido y la velocidad alcanzada. Y, si volvemos atrás la mirada para contemplar lo que han hecho las mujeres de España en poco más de tres lustros, la distancia es enorme y la velocidad debe de acercarse a la de la luz. Así que, entre tanto temor, sobresalto y constataciones de bajezas de todo tipo como estamos teniendo que aguantar en estos tiempos, es vital constatar que hay personas que han trabajado intensamente sin pensar en su beneficio, que lo han hecho bien y que han conseguido subir muy alto el listón de una vida colectiva que hoy se ve tan maltratada. Es vital celebrar que la causa de las mujeres haya sido tan bien defendida y que, a diferencia de otros movimientos sociales, el feminismo no haya degenerado rápidamente de la utopía al despropósito y a la corrupción, sino que se haya mantenido como un movimiento de tan alto valor ético y social.

¿Y que vemos cuando miramos atrás para ver el trayecto del feminismo en nuestro país? Las que recordamos aquellos comienzos hacia mitad de los setenta, lo sabemos. Las mujeres teníamos una vida recortada en todas sus dimensiones: recortada por las leyes franquistas, por los usos y costumbres de una época oscura, por una mentalidad machista profundamente enquistada en los cerebros y en los hábitos de hombres y mujeres. Aparentemente, nuestra vida debía seguir estos patrones porque este era nuestro destino de mujeres, y siempre había sido así. Afirmación posible porque todo conocimiento del pasado real de las mujeres nos había sido negado. Un pasado en gran parte perdido sin haber dejado huellas; en algunos casos, con huellas dispersas, mínimas, ahogadas por el peso del tiempo; en otros aún, conscientemente borradas o silenciadas, porque mantener a las gentes en la ignorancia es la

forma más segura de oprimirlas sin que puedan defenderse, de convertirlas en cómplices de su propia desdicha.

En la memoria, que no siempre es fiel, y probablemente simplificando, me queda la impresión de que las historiadoras fuisteis de las primeras mujeres en reaccionar, en proponeros como tarea la recuperación de nuestro pasado común. Siempre me ha parecido que las mujeres que ya estábamos en la universidad teníamos ventaja: aunque con muchas dificultades en aquel momento, ya habíamos alcanzado un perfil diferente del tradicional. Personalmente, nos habíamos ganado el derecho a saber, a estudiar, a escribir, a investigar, a usar una forma racional de enfrentarnos a la vida y al conocimiento. Un derecho que en los setenta y en los ochenta tenían aun muy pocas mujeres: la mayoría de ellas apenas iniciaban la salida del mundo cerrado y antiguo en el que se suponía que no debían pensar, que no debían desear, que no debían ser más que lo prescrito por la tradición y la Iglesia. Por eso nosotras, académicas, fuimos de las primeras en movilizarnos para cambiar; porque habíamos iniciado antes el camino individual y disponíamos de un utillaje intelectual, de algunos medios —cuan limitados, cuan pobres, cuan escasos, pero menos es nada— y sobre todo de un extraordinario entusiasmo y ganas de trabajar para descubrir lo que se nos aparecía como un territorio ignoto, y para hacerlo no tanto por curiosidad como por aportar a un movimiento de liberación como el feminismo todos los elementos de conocimiento que necesitaba para poder avanzar.

Recuerdo el fervor de los primeros tiempos: cada nuevo nombre, cada nueva cara, cada nueva conexión. Recuerdo mi primer encuentro con Cándida y con Pilar, en su Granada, en un viaje mío para conectar con un grupo de maestras feministas, a principios de los ochenta. Cada nuevo artículo, a veces fotocopiado, hallado por azar o altamente recomendado. Cada nuevo dato, cada nuevo descubrimiento. Poco a poco, los libros. Los primeros que recuerdo —además de los de Lidia Falcón, que estaban ahí desde antes— fueron los de las historiadoras: Mary Nash, por supuesto, luego Rosa Capel, también algunas extranjeras. También las filósofas, la imprescindible Celia Amorós, Amelia Valcárcel poco después, y tantas otras. Libros atesorados porque no eran sólo libros: eran puertas abiertas sobre paisajes nuevos que descubríamos juntas. ¡Con qué placer y con qué alegría, por lo menos en mi recuerdo, y espero que en el vuestro!

Poco a poco, el trabajo se fue ordenando, se hizo más institucional, mejor. El entusiasmo desbordante siguió presente, pero filtrado por el rigor, por la crítica. Pusimos nuestros saberes al servicio del feminismo, de un movimiento social que nos parecía, y creo que nos sigue pareciendo, fundamental para la humanidad, para su continuidad, para su viabilidad. Se inició un tiempo fecundo de investigación, creación de seminarios e institutos, docencia, cursos, escritura, formación de redes, cambios, complicidades. Se

fueron creando instrumentos: *Arenal* fue uno de ellos, especialmente exitoso. No todos cuajaron, no todos han perdurado, porque nada es sencillo y tampoco nosotras estamos exentas de rivalidades, conflictos y cansancios. Pero hay que felicitar especialmente a las mujeres que lograron crear instrumentos útiles, que se han mantenido en el tiempo, que se mantienen aun y que siguen siendo indispensables para seguir avanzando, sea cual sea la coyuntura y el momento y la sorpresa que pueda aguardarnos detrás de la próxima curva del camino.

Por esto quiero felicitaros, queridas amigas de *Arenal*. Lleváis veinte años de publicación, que en la corta biografía del feminismo contemporáneo español es un tiempo muy largo. Vuestra revista es mucho más que una revista académica. No es una revista al uso, para sumar méritos en el siempre difícil avance curricular; es una revista hecha con voluntad de aportar unos saberes que son a la vez instrumentos de conocimiento y de transformación social, y que, estoy segura de ello, así hemos usado mayoritariamente. Porque el feminismo nos ha dado a las mujeres académicas una oportunidad rara: la de trabajar en lo que nos gusta, y, al mismo tiempo, saber que con ello estamos contribuyendo al avance social, a cambiar la vida de las mujeres y con ellas la vida de la humanidad entera.

Esto, creo adivinar, es lo que nos permitió ser incansables, invulnerables, en cierto modo, a las críticas, a las escaseces y a los tiempos difíciles. Como siguen siéndolo, espero que sigáis publicando *Arenal* con el mismo espíritu de siempre, y que sea por muchos años. Desgraciadamente, por lo que podemos constatar, el feminismo seguirá siendo necesario durante mucho tiempo; pero ha dado sus frutos, y muchos. Sé muy bien que no es oro todo lo que reluce, pero ¿os habéis fijado en que los mejores liderazgos suscitados por la actual crisis son los de unas mujeres jóvenes con una extraordinaria fuerza? Han podido alzarse porque las sostuvieron y las hicieron posibles mujeres como vosotras y trabajos como los vuestros. No me cabe ninguna duda.

Un gran beso.